

De la escasa buena crítica literaria

Nostalgia y mito. Ensayos de crítica literaria

ORLANDO ARAÚJO FONTALVO
Universidad del Norte,
Barranquilla, 2012, 122 págs.

LA CRÍTICA literaria es uno de los géneros en literatura más difíciles de entender. Inclusive de aceptar, una acción que puede estar antes que la de entender. Porque casi siempre se piensa (la mayoría de las veces con razón) que la crítica es un asunto para expertos que hablan por medio de una jerga académica más o menos inentendible. O simplemente (simplonamente), que ella es un subgénero, respecto a la literatura propiamente dicha, mercedora de desprecios y hasta de mofas por parte de lectores que solo quieren tener que ver con los originales, es decir, con las obras. Todo, sin duda, porque en nuestro medio ha imperado una suerte de malentendido propiciado, vale decir, por los lenguajes abstrusos con que a veces están contruidos (¿“deconstruidos”?) esos discursos o ensayos académicos, cuando no por la ingenuidad declarada de una supuesta inteligencia que quiere saber de literatura mucho más que los autores. Los primeros producen malestar y polémica, los segundos risa y pesar.

Pero hay una crítica literaria inteligente y necesaria porque está bien escrita, aclara asuntos inherentes al hacer literario, amplía el panorama de los mundos de ficción o de la poesía misma y, en tal sentido, es, de verdad, una continuación de la creación artística, una complicidad genuina que la obra original agradece, y por tanto, el lector; si acaso ha tenido la paciencia de esperar hasta ese punto.

Nostalgia y mito. Ensayos de crítica literaria de Orlando Araújo Fontalvo (Barranquilla, 1973) es uno de aquellos libros que aludo en el párrafo anterior. Su autor es un académico consumado: licenciado en Lenguas Modernas, magíster en Literatura Hispanoamericana, miembro del Grupo de Investigación Literaria del Caribe, etc., pero es también un lector que goza el texto, eso se ve, no solo mediante el análisis técnico y juicioso, o analítico y “pesquisador”.

Sus ensayos están escritos en una prosa franca y ágil, apasionada sin exageraciones ni poses: simplemente no ocultan el fervor que le producen ciertas obras y, claro, ciertos autores. “[...] los vincula a todos (los ensayos) la pasión, el rigor y la pulcritud que corresponde al centauro de los géneros”, dice el autor en un aparte de la introducción (que podría parecer pedante, si no fuera porque, más adelante, el lector se encuentra con un autor, como digo, para nada exhibicionista, ni laberíntico, ni “tieso”, y menos ingenuo u obvio. Que cumple lo que dice).

Los autores Germán Espinosa, Gabriel García Márquez, Efraim Medina Reyes, Alejandro Álvarez y Alberto Duque López, todos costeños, constituyen el centro de atención del libro, sin que falten otros tres fuera de esa órbita: Juan José Saer de Argentina, Alfredo Bryce Echenique del Perú y William Ospina, tolimense, que completan el menú del libro.

En los ensayos (en el libro hay varios) sobre Germán Espinosa, el autor llama la atención acerca de cómo la crítica misma, y el Establecimiento (aunque no usa esa palabra) lo ningunearon durante muchos años: “[...] con arrogante miopía y una buena dosis de torpeza, desde el centro del poder político y económico se despreció la periferia, desde la capital andina se ignoró a la otra sociedad, que para el caso, resultó ser nada menos que el resto del país, la provincia oculta, las esquinas bárbaras [...]” [pág. 17]. Y emprende una amplia defensa del autor cartagenero, con citas de varios autores y del propio Espinosa (que, vale decir, no era, precisamente, un ejemplo de modestia), en la que resalta, claro, obras como *La tejedora de coronas*, y contrasta su innegable y escamoteada importancia con la apoteosis de una *Cien años de soledad* que ocultaba, involuntaria y conscientemente, por parte de la crítica, la existencia de otros autores y de otras obras, como fue el caso de Espinosa.

En este punto, debo resaltar las coincidencias del análisis del barranquillero en el presente libro, con el del antioqueño Óscar López Castaño (n. 1954), quien publicó en 2014 *Asedios a la ciudad letrada. Ensayos críticos* (Editorial Universidad de Antioquia), en el cual emprende, a lo largo de sus diferentes ensayos y de sus análisis de varias obras

colombianas, una dura crítica a los discursos oficiales de la literatura y a la exclusión consciente, en sus palabras, de obras y autores marginales (pero de importancia indiscutible), y donde pone a la “ciudad letrada” como aquella que dictamina y oficializa el canon de lecturas recomendables, antes y ahora.

Araújo se ocupa de Bryce Echenique (Lima, 1939) para desentrañar el plagio monumental del peruano en un ensayo sobre *Cien años de soledad*: “Universo femenino y de nostalgia” en 1992, respecto a uno publicado por el italiano Cesare Segre en 1970 (tres años después de publicada la famosa novela): “El tiempo curvo de García Márquez”. Aunque el lector no conozca ninguno de los dos ensayos, Orlando Araújo demuestra con suficiencia el plagio y se adelanta, con su análisis y su acusación, a la polémica surgida en México a propósito del premio concedido a Bryce Echenique en el marco de la edición 26 de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en octubre de 2012. Varios intelectuales y escritores mexicanos se opusieron al premio, argumentando que un plagia-dor no podía ser premiado por una feria del libro de semejante importancia (otros muchos en el mundo defendieron al autor de *Un mundo para Julius*). “La acusación viene de 2009, cuando el Instituto Nacional de Defensa de la Competencia y de la Protección de la Propiedad Intelectual de Perú sancionó a Bryce Echenique con una multa de cerca de 57.000 dólares al encontrarlo culpable de haber plagiado 16 artículos de 15 autores distintos”, dijo la edición internacional de CNN México el 17 de octubre de 2012 encontrada en Internet. El autor de *Nostalgia y mito* se anota un gran punto aquí, con su perspicaz hallazgo.

Un libro como el que aquí reseño, además de las bondades que ya cité antes, tiene su plena justificación por ensayos como “*Gallera*, de Alejandro Álvarez: el pico y la espuela en las letras del Caribe”, en el cual el autor resalta con un entusiasmo contagioso ese cuento del escritor sucreño (1909-1982), sin duda bastante desconocido, y comienza su periplo crítico por el relato con un magnífico preámbulo que se remonta a los orígenes de la pasión de los hombres por los gallos de pelea, y da un repaso a la presencia del animal

por la literatura y la cultura de diversas épocas y protagonistas. Al comenzar con el cuento, el autor dice:

Y así llegamos al interior de la gallera, sin lugar a dudas, el sitio más importante del relato, el centro del universo axiológico de los personajes. Una especie de bestia mitológica que engulle el alma de los hombres y consigue invertir momentáneamente el lugar de cada uno en la pirámide social. La gallera es el Coliseo de la sabana, el círculo de arena desde donde los gallos, si pudieran hacerlo, gritarían a la muchedumbre eufórica: ‘Los que van a morir, te saludan’’. [pág. 59]

En ese párrafo, en las páginas que le antecedieron y en lo que continúa hay un texto verdaderamente provocador, que incita a la lectura de la mejor manera en que puede hacerse: con un dominio firme del tema literario y con un lenguaje de verdad seductor, que no piensa más que en la efectividad de su belleza y su conocimiento.

Aunque aparentemente no tiene mucho que ver la novela de un argentino (así como el artículo dedicado al peruano Bryce Echenique) en lo que parece un libro, sobre todo, de crítica de literatura colombiana, y casi caribeña, el análisis que Araújo dedica a *El entonado* de Juan José Saer (1937-2005), pone de relieve una de las obras emblemáticas no solo del autor, sino también del ámbito latinoamericano. La continuidad del hilo (temático) puede estar en lo que al principio dice el autor de la citada obra: “La novela de Juan José Saer es, como toda gran creación literaria, una refinada combinación de muchas cosas. Tiene bastante de novela de aventuras, de novela fundacional, de novela picaresca, de novela de formación, de novela de archivo, de novela metaficcional y hasta un poco de *Crónica de Indias*” [pág. 29].

Hace el autor, también, una defensa inusual del cartagenero Efraim Medina Reyes (n. 1967) y de su obra. Inusual, digo, porque el autor de *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo* ha despertado, a lo largo de los años, una animadversión que no pocas veces tiene más que ver con sus actitudes irreverentes, sus declaraciones escandalosas sobre moral, sexo o religión, y sus fotografías en poses y desnudeces que a no pocos molesta. No se puede

negar, tampoco en él, una cierta sobredosis de soberbia e inmodestia. Pero el ensayista no se detiene tanto en esos aspectos (aunque deja advertida la incomodidad que le produce al Establecimiento: “Lo primero que uno podría decir de la obra del escritor cartagenero Efraim Medina es que no sería admitida jamás en el decente plan de lecturas de un colegio de monjas. [...]”) [pág. 75]. Luego trae a cuento algunas de las controversias despertadas en el país por intelectuales y escritores, unas veces de él contra ellos, otras de ellos contra él. (Cuántas veces tinglado de vanidades). Pero Araújo termina, como era de esperarse, involucrado con la obra, como debe ser: “*Érase una vez el amor pero tuve que matarlo* es, más allá de la sobreactuada sordidez de su proyecto estético, una obra necesaria y valiosa, atiborrada de sexo, droga, impotencia y *rock and roll* [...]” [pág. 84].

De igual manera, *Nostalgia y mito* pondera sin reservas la obra de William Ospina (Herveo, Tolima, 1954), toda su obra, en “*Ursúa*, ficción e historia de una nueva *Crónica de Indias*”. Aclara su autor que en buena hora, en su parecer, Ospina “se ha dejado seducir por el hechizo moderno de la novela” [pág. 87]. Exalta el rigor documental y el trabajo de lenguaje en su novela histórica (“la Nueva Novela Histórica ha funcionado en América Latina como una eficaz hermenéutica del pasado que ha permitido al mismo tiempo una más honda comprensión de los avatares del presente continental” [pág. 90], *Ursúa*, que supera con creces todas las expectativas, sin incurrir en simplificaciones panfletarias.

Como con Medina, Araújo se juega aquí una carta personal, decidida, tal vez distinta a la de otros críticos que le han achacado a la obra de Ospina, sobre todo en ensayo y en novela, el excesivo cuidado de un lenguaje que, a la postre, terminará alambicado e inserto en una jungla de adjetivos e hiperboles. Verbigracia, Pablo Montoya (Barrancabermeja, 1963) en su *Novela histórica en Colombia 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso* (Editorial Universidad de Antioquia, 2009) dice que

Es lo épico el contorno que otorga a *Ursúa* una densidad literaria paradójica. Su *epos*, para unos, es excesivo, por la escéptica época en que vivimos; para otros, es afortunado, teniendo en

cuenta la época que se narra. Ospina es uno de esos escritores que se asume, con toda la solemnidad que estas misiones requieren, como especies de pastores cuya labor es encaminar a la descarriada comunidad. [...] A veces llega a extremos irrisorios, de tal manera que una mujer para desvestirse ‘desata el entramado laborioso de los encajes’. Este virtuosismo verbal, que ha sorprendido a tantos lectores, en realidad desequilibra la contundencia narrativa. [págs. 111-112]

Nostalgia y mito es, en fin, un libro bastante recomendable a los lectores de crítica literaria, ya no digamos a los lectores de literatura, de los cuales ninguno, o poquísimos en todo caso, siguen dispuestos a leer crítica. Para aquellos lectores este libro es un buen ejemplo de lo que debe hacerse en la tan difícil y tan escasa y tan necesaria crítica literaria.

Luis Germán Sierra J.